

Cosas que pasan

Anécdotas de un Papa que se encuentra y se compromete con el pueblo

El documento de Puebla y un planteamiento siempre apremiante de evangelización desde la necesidad real de los oprimidos.

José Carlos Corral ha colaborado en múltiples ocasiones con

Padres y Maestros:

A través de la Revista, de *Cuadernos para educadores*, del *Teaching-área*.

Actualmente se encuentra en Estados Unidos.

Aprovechando su período de vacaciones, decidió experimentar «en vivo» la esperanzadora visita del Papa Juan Pablo II a Méjico. Desde allí nos remite una estupenda crónica que nos permite ambientar el estudio del singular documento de Puebla.



Me encontraba en San Juan de Puerto Rico. Mi viaje a Santo Domingo comenzó con una decisión de última hora, tomada el lunes, día 22, por la noche. El martes, 23, fui a la oficina de Eastern antes de que abrieran por la mañana y logré el último billete que quedaba en los dos días que faltaban para la llegada del Papa, para el mismo martes, a las 2,30 p.m. Mis amigos no podían creerlo, pues el tráfico aéreo entre San Juan y Santo Domingo habitualmente está sobrecargado, pero con esta ocasión, hasta ahora única, las posibilidades eran mínimas, a pesar de los numerosos vuelos especiales que se estaban organizando. El viaje comenzaba bien y con buenos augurios.

El avión era un DC-10; muchas monjas con hábito, cara inexpresable de felicidad... y pasaporte español. Muchas monjas sin hábito pero con la misma cara y el mismo pasaporte. Pocos curas con hábito o sotana, cara más seria y mucho pasaporte español y bastante americano. A los curas sin hábito se nos conocía.

Ya en Santo Domingo me encontraba en un dilema: la tentación de comodidad, justificada por el hecho indudable de que la TV cubre mejor y desde posiciones más estratégicas cualquier acontecimiento y por otro de que el sol de invierno tropical es bastante temible o más que el sol de nuestras costas mediterráneas en verano, por lo que el ser espectador de un cómodo sillón, en una habitación con aire acondicionado y ante un buen televisor parecía la opción más razonable. Pero por otro lado era absurdo haber venido «a ver» lo mismo que hubiera podido ver en Puerto Rico y no intentar «vivir» el acontecimiento de la visita papal a un pueblo cálido, creyente, sencillo e increíblemente cordial y generoso y ser testigo y hasta protagonista del diálogo que pudiera establecerse, si llegaba a establecerse, entre el Papa polaco y el pueblo dominicano. Después de muchas vacilaciones tomé la opción de *vivir el acontecimiento*, y no me pesó.

Fui a la oficina de prensa a por mis credenciales de periodista; un poco de desorden y confusión, pero por fin se arregló todo a la dominicana: dándome el pase, repetido por error, de un periodista danés: *Steen bo Johansen*. Cuando nos encontramos en el aeropuerto de Las Américas celebramos nuestra *relación binaria* con una cerveza fría para aliviar un poco el sol radiante de aquel mediodía todo azul y cálido del Caribe.

Llegó el Papa. La consabida recepción oficial y formal. Muy poca gente tuvo acceso al aeropuerto y además el edificio terminal no tiene terrazas por lo que la poca gente que había quedaba incomunicada. Los «chicos de la prensa» nos mantuvimos firmes en nuestros puestos, fieles al pacto de respetar las reglas del juego y no estorbarnos mutuamente, pero cuando tras los discursos de bienvenida vino el saludo del Papa a los ministros del Gobierno y diplomáticos, cada cual hizo lo que pudo para tomar las posiciones que le parecían más interesantes. Yo me subí a la camioneta de los reporteros de *Time-Life* y con ellos me pegué a la carroza que esperaba al Papa para llevarlo a la capital, así que cuando el Papa se sentó en el sillón, pude hacerle tres fotos en un primer plano y darle la mano. Como no estaba seguro de su dominio del español le expresé en inglés mi respeto. Esta proximidad física me hizo cambiar la imagen que tenía de Juan Pablo II. Ni sus facciones ni su expresión son tan duras como suelen aparecer en las fotografías de prensa y TV.

Salimos del aeropuerto hacia la capital. 28 Kms. de recorrido bellísimo a orilla del mar, bajo un túnel vegetal de palmas de coco. Yo seguía la carroza del Papa en un jeep de la Presidencia, donde iba el responsable-coordinador del servicio de seguridad durante la visita pontificia a la isla. Entusiasmo, alegría y cariño en los grupos dispersos que esperaban a lo largo de la autopista o paseo marítimo, que sería su mejor definición, pero al aproximarnos a la capital los grupos aislados fueron convirtiéndose en multitud y la multitud en torrente desbocado de entusiasmo. El jefe de seguridad no podía ocultar su preocupación.

Los guardias y soldados eran incapaces de contener al pueblo y la carroza del Papa, tras reducir la marcha, tuvo que llegar a detenerse en varias ocasiones; ya desde este momento Juan Pablo II mostró su deseo claro, que sería una constante reflejada en su conducta, de acercarse a los humildes todo lo más posible y para ello romper al máximo todo protocolo y toda barrera aislante. A un gorila fornido de la escolta que luchaba por apartar a la gente con excesivo entusiasmo le golpeó suavemente la espalda y le dijo algo con cara sonriente. Ese momento fue aprovechado por un chaval que trepó con una agilidad endiablada a la carroza. Aparentaba como unos diez años. El muchacho, al verse arriba, él mismo se quedó como asustado y paralizado; Juan Pablo II le acarició la cabeza, lo levantó en sus brazos como una pluma y se lo pasó suavemente al gorila para que le ayudara a dejarlo en el suelo.

Para las cinco de la tarde estaba anunciada una misa para el pueblo en la Plaza de la Independencia. La Plaza es inmensa, pero inapropiada para un acto así. El altar quedaba oculto a la mayoría de los asistentes y unos estanques de agua separaban como un foro al pueblo del Papa y los concelebrantes. Ya por la mañana, antes de ir al aeropuerto, pasé por la Plaza y había como unas cinco mil personas que ya habían tomado posiciones estratégicas; cuando llegué por la tarde, un poco antes de las cuatro, la plaza ya estaba abarrotada.

Al llegar el momento de las ofrendas se formó una pequeña procesión compuesta por unas quince personas que le ofrecieron al Papa algunos regalos; en la comitiva figuraban dos viejos campesinos dominicanos que portaban frutos típicos del país; cuando subían las dos o tres escaleras de acceso a la tarima donde estaba sentado el Pontífice, Juan Pablo se levantó para recibirlos, los abrazó y se puso a hablar con ellos largo rato. La pareja regresó a sus sitios visiblemente emocionada, sobre todo el marido que no podía contener las lágrimas. Los reporteros se acercaron al hombre con sus micrófonos; el campesino hablaba con gran animación, mientras los periodistas comenzaron a sonreír para terminar riendo abiertamente. Cuando terminaron de entrevistarlos, dos de ellos subieron a la plataforma donde estábamos los fotógrafos y nos contaron lo que acababa de decirles el anciano: «Bello, precioso... ¡Esto es un hombre, coño, y un padre! Y tiene las manos más duras de trabajar que las mías. Para que después digan los protestantes que es como Nabucodonosor y el Anticristo. ¡Y diablo... qué bien habla del amor a Dios y a la Virgen de Altigracia! ¡Anticristos son esos tigres protestantes que nada más engañan a la gente y esos sí que no quieren trabajar! ¡Coño, qué hombre! y ¡qué bien habla!, ¡que hasta aprendió español para venir a Santo Domingo... diablo».

Con este motivo me enteré que uno de esos grupúsculos de fanáticos que impropriamente englobamos en la denominación de «protestantes» invadió la isla de hojitas unos días antes de la llegada del Papa resucitando los tópicos anatemas e insultos del tiempo de las luchas religiosas ocasionadas por la Reforma de Lutero.

La capacidad de Juan Pablo II de comunicarse con el pueblo sencillo, porque realmente se ve que se siente a gusto en medio de él, quedó demostrada en la última actividad que tuvo en la isla, ya de paso al aeropuerto. Quiso visitar uno de los barrios más humildes de la capital, Los Minas. A llegar al barrio se bajó de la carroza y anduvo por la calle, sin escolta, en medio de la gente. Se le nota que no le gusta que le besen el anillo ni se pongan de rodillas ante él. Prefiere dar la mano y responder a los abrazos. Con gran cordialidad sincera le decía a la gente al darles la mano o abrazarlos: «Gracias por venir hasta aquí a saludarme y recibirme tan bien en su país. Que Dios les bendiga».

Por fin llegó al Colegio de los Paúles, en donde estaba preparada la plataforma para hablar al barrio por los altavoces. Un coro de niños comenzó a cantar una canción po-



laca. El Papa se unió al canto, mientras llevaba el ritmo dando palmadas y al terminar la estrofa nos dijo por los micrófonos: «No sabía que en Santo Domingo se hablara polaco y se cantara... y lo hacen ustedes muy bien». Y le hizo señas al coro para que cantara otra estrofa y a la multitud nos animó a unirnos al canto. La gente estaba loca de entusiasmo. «¡Diablo, esto sí que es un hombre! ¡Y qué padre! Y habla 28 idiomas y estudió español para venir a Santo Domingo. Y diablo, que sí que tiene «salsa» y «merengue» (la música típica dominicana)». La gente enronquecía *Juan Pablo, Juan Pablo...* y el Papa, llevando el mismo ritmo de las aclamaciones, rebatía con su tremendo vozarrón: *Jesucristo, Jesucristo...*

Repentizando en español nos habló durante unos cinco minutos, dirigiéndose principalmente a los jóvenes y a los enfermos. Insistió en la idea que fue repitiendo a lo largo de sus discursos de que Cristo está vivo y que en Cristo y por Cristo hay que luchar por una sociedad más humana, más justa, en la que el Estado, la política, la riqueza estén al servicio del hombre y no al revés.

Esta otra anécdota que voy a contar, no la he podido comprobar todavía, pero tiene todo viso de verosimilitud dados los hechos que narro más arriba y de los que fui testigo. A las 6 de la mañana del viernes 26, la hora que estaba previsto que el Papa estaría terminando de levantarse, un grupo de muchachos fue a la Nunciatura a cantarle «las

mañanitas». El Papa salió a la ventana y les dijo: ¡Esto sí que me gusta. Comenzar el día con música y cantando. Esperen que bajo a cantar con Vds.»; y bajó a cantar la célebre canción mejicana de la que conocía música y letra.

Como periodista venía a observar, lo cual implica una actitud: ausentarte de la situación que observas y no vives. Como eclesiástico vine con mis prevenciones a toda la fanfarria y boato de aviones especiales, carrozas, triunfalismo, y apoteosis. Pero tengo que confesar que terminé captado por la sinceridad, sencillez y carisma de Juan Pablo II, que demostró todo el tiempo que pude seguirle de cerca de que está por encima de todo honor, toda etiqueta y que lo único que quiere, y por ello es lo que le sale más espontáneo y auténtico, es ser sacerdote apóstol y testigo del Señor Jesús. Demostró que vive y ha hecho suyas las palabras del apóstol San Pablo con las que comenzó la homilía en la misa de la plaza de la Independencia: «Vengo a estas tierras americanas como peregrino de paz y esperanza, para participar en un acontecimiento eclesial de evangelización, acuciado a mi vez por las palabras del Apóstol. ¡Ay de mí si no evangelizara! (Gal. 1,3). Y es significativo que nunca empleó el *Nos Maiastático. Papam habemus.*

José Carlos Corral Durán
Santo Domingo

ALGUNAS AFIRMACIONES ENTRESACADAS DEL DOCUMENTO DE PUEBLA:

Familia

- Urge un diligente cuidado pastoral para evitar los males provenientes de la falta de educación en el amor, la falta de preparación al matrimonio, el descuido de la evangelización de la familia y de la formación de los esposos para la paternidad responsable.
- En una actitud pastoral profundamente evangélica se atenderá al sentido problema de las uniones matrimoniales «de facto», de las familias incompletas, con un profundo sentido de comprensiva prudencia.
- Ante las campañas antinatalistas de origen gubernamental o promovidas desde otros países, las familias deben disponer de suficientes conocimientos sobre los múltiples efectos negativos de las técnicas imperadas en las filosofías neomaltusianas y proceder a aplicar integralmente las normas éticas clara y repetidamente enunciadas por el Magisterio.

Educación católica:

- La educación católica no será tal si no produce los agentes para el cambio permanente y orgánico que requiera la so-

ciudad de América Latina, mediante una acción cívica y política inspirada en la enseñanza social de la Iglesia.

- Todo hombre, por ser persona, tiene derecho inalienable a una educación que responda al propio fin, carácter, sexo y acomodada a la cultura y a las tradiciones patrias. Quienes no reciben esta educación deben ser considerados como los más pobres y, por lo tanto, más necesitados de la acción educativa de la Iglesia.
- La familia es la primera responsable de la educación. Toda tarea educadora debe capacitarla, a fin de permitirle ejercer esta misión.

Libertad de enseñanza:

- La Iglesia proclama la libertad de enseñanza, no para favorecer privilegios o lucro particular, sino como un derecho de las personas y comunidades a la verdad. Al mismo tiempo, la Iglesia se presenta dispuesta a colaborar en el quehacer educativo de nuestra sociedad pluralista.
- De acuerdo con los dos principios anteriores, el Estado debería distribuir equitativamente su presupuesto con los demás servicios educativos no estatales, a fin de que los padres, que también son contribuyentes, puedan elegir libremente la educación para sus hijos.

Actividades para una escuela de padres



06.—DISCUSION DIRIGIDA

Ir formulando, a los componentes del grupo, las siguientes afirmaciones para que, en discusión dirigida:

- a. las acepten b. las rechacen c. las modifiquen
- d. las ejemplifiquen e. las traduzcan en consecuencias prácticas.

1. La mayoría de los padres no realizan una auténtica educación para el amor. Porque ellos mismos no están bien educados. Porque no caen en la cuenta de que esta faceta tan importante de la educación les toca a ellos preferentemente. Pero, sobre todo, porque la educación para el amor la hace (para bien o para mal) la escuela paralela: TV, películas, la calle, la literatura...
2. La acción de un gobierno responsable debe suplir la inconsciencia o la ignorancia de los ciudadanos e imponer una planificación familiar siempre que los particulares no la realicen espontáneamente. Los derechos de cada pareja no pueden invadir los derechos de los demás ciudadanos.
3. Para poder ser padres debiera exigirse previamente la comprobación de que no se van a transmitir taras físicas y que los componentes de la pareja tienen una preparación adecuada como educadores de la afectividad de unos niños.
4. Un país que sólo tenga enseñanza estatal no garantiza ni los mínimos de la libertad de enseñanza. Y si no financia la enseñanza privada (no lucrativa) al igual que la estatal, comete una triple injusticia:
 - a. Contra los contribuyentes: exigiendo un impuesto que no les devuelve en un servicio.
 - b. contra los padres: impidiéndoles una igualdad de oportunidades al elegir escuela para sus hijos.
 - c. contra las instituciones creadoras de centros de enseñanza: forzándoles a un elitismo económico inaceptable e incompatible con la función social del centro.